

JACQUES FRANÇOIS CH. — J. SILVA S.

**¿QUE ES EL
SOCIALCRISTIANISMO?**

**ENSAYO DE
INTERPRETACION**

NOVIEMBRE 1948

SANTIAGO-CHILE

JACQUES FRANÇOIS CH. — J. SILVA S.

**¿QUE ES EL
SOCIALCRISTIANISMO?**

**ENSAYO DE
INTERPRETACION**

NOVIEMBRE 1948

SANTIAGO-CHILE

PROPIEDAD N.º 12045

El propósito de realizar una síntesis del socialcristianismo, como movimiento político llamado a cumplir una misión revolucionaria en el mundo de nuestro tiempo, nos ha movido a publicar este trabajo.

Comprendemos que un intento de esta naturaleza está expuesto a muchos vacíos e imperfecciones, y esperamos que la crítica serena de los que son realmente sinceros en sus posiciones socialcristianas, pueda suplir estas deficiencias.

LOS AUTORES.

ENSAYO DE INTERPRETACION

1º—¿QUE ES EL SOCIALCRISTIANISMO?

Es un movimiento popular y supranacional que, inspirado en los valores morales del cristianismo, lucha por instaurar en el mundo un régimen político, económico y social, caracterizado por la primacía de lo humano, y en el que imperen la libertad y la justicia. En la época histórica que estamos viviendo, el objetivo fundamental que define al social-cristianismo, es la liberación del proletariado.

2º—¿QUE ES EL PROLETARIADO?

Es el conjunto de hombres que sufre la condición proletaria creada por el capitalismo. O sea, las inmensas masas de campesinos, obreros, empleados, trabajadores intelectuales y manuales, que por la organización del actual régimen económico, para subsistir deben vender su fuerza de trabajo a los propietarios del capital, sin llegar a ser nunca dueños de los medios de producción y materias primas a las cuales aplican sus esfuerzos, sin tener derechos, en consecuencia, en la dirección de la economía, y sintiénd-

dose condenados a una situación de inseguridad material y de inferioridad psicológica y social.

3.—¿COMO APARECIO EL PROLETARIADO?

Surgió como consecuencia de las profundas transformaciones económicas que se operaron durante el siglo XVIII y XIX en Europa, y que luego se extendieron por el mundo entero.

En efecto, durante la Edad Media encontramos sólo la pequeña producción artesanal o campesina, caracterizada por la simplicidad del circuito económico, ya que no se producía para vender, sino para las necesidades inmediatas del consumo. No se había desarrollado todavía la producción de mercancías.

En esta economía de tipo familiar, el trabajador por lo general era propietario de los instrumentos de trabajo, y realizaba una obra completa, ya que la división del trabajo prácticamente no existía.

La primera forma de producción que podríamos llamar capitalista es la manufactura. (Siglo XVI al XVIII).

Se verifica, cuando el capital reúne y pone a sus órdenes a los que eran artesanos libres y los convierte en obreros asalariados; y para lograr un mayor rendimiento introduce la división del trabajo, rasgo esencial de la manufactura en relación con el artesanado.

Nace así la empresa capitalista y con ella el proletario.

Con el advenimiento del vapor y el maquinismo surge propiamente la gran producción capitalista.

Bajo el imperio de la manufactura la división del trabajo se adaptó a la persona del obrero, es decir, se hizo de acuerdo con la habilidad, afición y técnica de los trabajadores que intervenían.

De este modo, el obrero tuvo cierta independencia

frente al patrón. No podía ser reemplazado de la noche a la mañana; era un elemento indispensable.

Por el contrario, la máquina simplificó e igualó los diversos trabajos, haciéndose innecesaria la destreza especializada que hasta ese momento se había requerido.

El trabajador perdió sus últimos restos de libertad y seguridad, quedando a merced del capital.

Por otra parte, la revolución industrial aumentó en proporciones fantásticas el número de asalariados, arrancando del hogar obrero a las mujeres y a los niños, que debieron soportar las más cruentas e inhumanas jornadas de trabajo, superiores a 14 y 16 horas en muchos casos.

En esta forma apareció históricamente la clase proletaria o proletariado.

La revolución industrial de que hemos hablado se originó a raíz de la invención de la máquina a vapor y de diversos aparatos mecánicos, que transformaron totalmente los sistemas de producción conocidos hasta la fecha.

Efectivamente, gracias al empleo de la máquina, y a la división del trabajo que ella permitía, los capitalistas que, a causa de los precios elevados de aquélla, eran los únicos que estaban en condiciones de adquirirla, podían producir más barato, más rápido y mejor, que los artesanos con sus groseros instrumentos.

En consecuencia, los pequeños talleres de éstos, frente a la imposibilidad de proveerse a su vez de máquinas, fueron rápidamente eliminados por la competencia despiadada de la gran industria, que estaba toda en manos de los capitalistas.

Este sistema de fábrica que empezó aplicándose a la industria del vestuario, se extendió rápidamente a todas las demás ramas industriales, quedando así éstas bajo el dominio del maquinismo.

Todo lo cual se tradujo en el plano social por el hecho de que los artesanos y pequeños productores, para poder

vivir se vieran obligados a arrendar su trabajo a los industriales, o sea, a los poseedores del capital.

Con los campesinos sucedió algo semejante, lo que fué posible observar especialmente en Inglaterra.

Los terratenientes dueños de la tierra, en vista del gran auge alcanzado por la industria textil, prefirieron transformar sus campos, que estaban arrendados a pequeños agricultores libres, en grandes extensiones destinadas al pastoreo, obligando así a los campesinos a emigrar por millones a las ciudades, y a vender su trabajo, en la misma forma que los artesanos, a los grandes industriales, para poder sobrevivir.

El maquinismo, pues, que habría podido liberar al hombre de un trabajo embrutecedor, lo condenó a la miseria y a la esclavitud.

Y ello se debió a que junto con este cambio en las condiciones de producción, el hombre se olvidó del principio esencial que había orientado la economía medioeval: la primacía de lo humano y la subordinación de lo económico a los principios de la moral.

Viendo ahora, *“en el libre juego de sus instintos la condición misma de la armonía social, liberó por ello mismo a las fuerzas económicas de su subordinación al hombre, el que se convertía poco a poco en esclavo de las fuerzas naturales que quería poner a su servicio”*. (Tristán de Athayde) (1).

Hoy día, después de mucho camino recorrido, el proletariado, a pesar de haberse producido un mejoramiento general en su nivel de vida, por su lucha constante y organizada contra el régimen capitalista, sigue, sin embargo, sometido a las mismas condiciones que hemos señalado en la pregunta número dos.

(1) “Peines et espoirs du proletariat”. p. 91 Ignace Lepp.

4.—¿QUE CARACTERIZA AL MUNDO LIBERAL CAPITALISTA?

Lo señala Pío XI en la Encíclica *Quadragesimo Anno*: “*Cuando el siglo XIX llegaba a su término, el nuevo sistema económico, los nuevos incrementos de la industria en la mayor parte de las Naciones, hicieron que la sociedad humana apareciera cada vez más claramente dividida en dos clases: la una, con ser la menos numerosa, gozando de casi todas las ventajas que los inventos modernos proporcionan tan abundantemente; la otra, en cambio, compuesta de indigente muchedumbre de obreros, reducida a angustiosa miseria, luchando en vano por salir de las estrecheces en que vivía.*

“Era un estado de cosas al cual con facilidad se avenían quienes abundando en riquezas, lo creían producido por leyes económicas necesarias; de ahí que todo el cuidado para aliviar esas miserias lo encomendaran tan sólo a la caridad, como si la caridad debiera encubrir la violación de la justicia, que los legisladores no sólo toleraban, sino aún a veces sancionaban” (2).

Esta situación se ha agravado aún más, ya que el capitalismo de la libre concurrencia, ha degenerado en imperialismo económico de Naciones altamente capitalizadas, que se expresa a través de consorcios y monopolios internacionales, que prácticamente se reparten la tierra, estableciendo un verdadero coloniaje respecto a los países débiles, productores de materias primas, cuyas poblaciones trabajadoras se ven sometidas a un standard de vida miserable y a un tratamiento injusto y humillante.

Otra característica de la sociedad actual es el triunfo político de la burguesía, que habiendo concentrado en sus

(2) “*Quadragesimo Anno*. p. 4. Pío XI.

manos el poder económico ha llegado a obtener también el poder público.

La democracia liberal que se ha desarrollado conjuntamente con el capitalismo, es obra de las clases burguesas.

Hay valores democráticos tales como el respeto a los derechos de la persona humana, la igualdad jurídica de los ciudadanos, la convivencia tolerante de las diversas familias ideológicas, etc., que deben ser mantenidos en la sociedad del futuro, y que constituyen los verdaderos aportes de esta época histórica.

Por otra parte, el proletariado se ha desarrollado de un modo paralelo al capitalismo, y representa la fuerza revolucionaria que continuamente amenaza los cimientos mismos del orden establecido buscando su destrucción.

El proceso del desenvolvimiento progresivo del régimen capitalista, lo encontramos fielmente narrado en la Encíclica *Quadragesimo Anno*, de Pío XI: *“Primeramente, salta a la vista que en nuestros tiempos no se acumulan solamente riquezas, sino también se crean enormes poderes y una prepotencia económica despótica en manos de muy pocos. Muchas veces no son éstos ni dueños siquiera sino meros depositarios y administradores que rigen el capital a su voluntad y arbitrio.*

“Estos potentados son extraordinariamente poderosos, cuando dueños absolutos del dinero gobiernan el crédito y lo distribuyen a su gusto; diríase que administran la sangre de la cual vive toda la economía, y que de tal modo tienen en su mano, por decirlo así, el alma de la vida económica, que nadie podría respirar contra su voluntad.

“Esta acumulación de poder y de recursos, nota casi originaria de la economía modernísima, es el fruto que naturalmente produjo la libertad infinita de los competidores, que sólo dejó supervivientes a los más poderosos,

que es a menudo lo mismo que decir, los que luchan más violentamente, los que menos cuidan de su conciencia.

“A su vez esta concentración de riquezas y de fuerzas produce tres clases de conflictos: la lucha primero se encaminó a alcanzar el predominio económico; luego se inicia una fiera batalla a fin de obtener el predominio sobre el poder público, y consiguientemente de poder abusar de sus fuerzas e influencias en los conflictos económicos; finalmente se entabla el combate en el campo internacional, en el que luchan los Estados pretendiendo usar de su fuerza y poder político para favorecer las utilidades económicas de sus respectivos súbditos, o por el contrario, haciendo que las fuerzas y el poder económico sean las que resuelvan las controversias políticas originadas entre las naciones.

“Por lo que toca a las naciones en sus relaciones mutuas, se ven dos corrientes que manan de la misma fuente; por un lado, fluye el nacionalismo o también el imperialismo económico; por otro, el no menos funesto y detestable internanacionalismo del capital; o sea, el imperialismo internacional, para el cual la patria está donde se está bien” (3).

Cabe agregar finalmente que cuando las fuerzas burguesas capitalistas no pueden dominar la situación dentro de los moldes democráticos, apelan al fascismo.

El fascismo —que ha tenido diversas formas— es un Estado dictatorial que eleva a la categoría de mitos los conceptos de nación, raza o religión, y apoyándose en ellos aniquila por completo los derechos democráticos, la libertad en los organismos sindicales y la ascensión del movimiento proletario.

Es, por decirlo así, la tentativa desesperada del capitalismo por mantener sus estructuras fundamentales, cualesquiera que sean los medios que para este fin se precisen.

(3) “Quadragesimo Anno”. p. 45 y 46. Pío XI.

En resumen, el mundo liberal capitalista se caracteriza por:

1) Estar la sociedad dividida en dos clases: una, propietaria de las riquezas y medios de producción, partidaria de la conservación de este estado de cosas; y otra, sometida y desposeída, cuyo espíritu revolucionario se acrecienta en la medida en que toma conciencia de su dignidad y de su fuerza.

2) El desarrollo del capitalismo ha dado origen al imperialismo y las guerras imperialistas.

3) En el plano político hay valores democráticos que merecen ser preservados, en lo que tienen de esencial, y que representan un progreso histórico indudable.

4) El fascismo, negación de toda democracia y libertad, constituye el último recurso y la última esperanza de la burguesía capitalista en derrota.

5.—¿EN QUE CONSISTE LA CRISIS DEL MUNDO LIBERAL CAPITALISTA?

El mundo liberal capitalista vive hoy una crisis profunda, que comprende todas sus fases: crisis espiritual y moral ante todo, crisis humana en consecuencia; crisis de sus clases dirigentes; crisis social y económica, que se traduce en una serie de contradicciones y aberraciones sociales.

Examinemos primero la crisis actual de la burguesía, que ha sido la clase social que hizo triunfar en el mundo, y encarnó en sí misma, la idea del liberalismo político y económico, y que en virtud de este triunfo ascendió a la dirección del destino de las Naciones civilizadas.

La burguesía ha perdido el sentido de su responsabilidad social, de sus deberes para con la sociedad que dirige, ha perdido el sentido del honor, el de la verdadera tradición, y hay que decirlo con inmensa tristeza, ha vendi-

do su alma por un puñado de monedas. Y en estas condiciones se ha demostrado incapaz de seguir rigiendo los destinos de los pueblos.

Tenía el deber esencial de preocuparse de la elevación de las masas que estaban confiadas a sus manos, y en vez de hacerlo, las condenó a la esclavitud, a la más inhumana e inmoral de todas, a la del dinero.

Ante el anhelo de ascensión de los pueblos que sufrían la terrible opresión de la miseria y del abandono, hizo oídos sordos; y cuando los pobres supieron unirse para exigir un poco de justicia, en el mejor de los casos les dió unos mendrugos de pan en un gesto de paternalismo egoísta, que significa dar un poco hoy para no tener que dar más mañana. Y donde ya no pudo seguir conteniendo su impulso ascendente, prefirió entregarse a los fascismos, a esas fuerzas ciegas de la violencia y el exterminio desencadenados sobre el Universo, con la vana ilusión de que éstos la protegerían, y de que en un mundo que crujía por todas partes bajo el peso opresivo de la injusticia, ella podría seguir acumulando dinero e inmolándolo todo a Mammón.

Y olvidando todos los principios que deben orientar a las clases dirigentes a través de la historia; el sentido del deber y de la responsabilidad, el anhelo de libertad, no para unos pocos, sino para todos, el sentimiento de fraternidad; la burguesía convirtió en su único ídolo a la Propiedad y en ofrenda le está sacrificando todo lo demás.

Y nos parece que la causa profunda de esta crisis reside en el hecho de que la burguesía identificó su vida y razón de ser, con un régimen económico inhumano como es el capitalismo liberal; y ahora que éste se ha demostrado incapaz de responder con eficacia y justicia a los grandes problemas que aquejan a la humanidad, a la angustia del mundo moderno; y se ha declarado en quiebra, las clases burguesas le han seguido en su caída.

Pero es preciso ser justos. Al hablar de burguesía, hablamos de ésta en cuanto clase. No desconocemos el hecho de que hay en ella numerosos elementos, entre los que se cuentan sus mejores "élites" espirituales, que se han alzado contra todo esto, que se han dado cuenta de la inmensa iniquidad que representa el capitalismo liberal, que se han desprendido o que se esfuerzan por desprenderse de él, y que lo han renegado en su esencia misma por saberlo eminentemente materialista y anti humano. Todos éstos hombres están prontos a colaborar en la construcción del mundo de mañana, y serán elementos de inapreciable valor, pues ayudarán a formar la conciencia del pueblo, ya que su aporte será el de las mejores cualidades que la burguesía como clase ha perdido: una cultura humanista, una honradez profunda, un elevado sentido de la moral y del deber, conciencia de la verdadera tradición, anhelo por servir al pueblo en su lucha por la justicia y la libertad, deseo ardiente de crear un mundo humano y fraternal.

Y la crisis social y económica a la que el mundo ha sido conducido por el régimen liberal, capitalista, cuanto fácil es verla y palparla, puesto que éste nos rodea por todas partes, nos penetra por todos lados con el acero frío del odio y del egoísmo; puesto que cada día que pasa nos deshumaniza más y más, y en vez de liberarnos, gracias al inmenso poder que hemos adquirido sobre la naturaleza, nos condena a una esclavitud cada vez mayor, que hoy día incluso quiere negarnos el derecho a pensar libremente.

¿Y qué son éstas dos terribles guerras mundiales que han azotado a la humanidad, lanzando a unos pueblos contra otros en una lucha de destrucción y de muerte que no ha tenido paralelo en la historia?

¿Y qué son esas guerras intestinas, esas luchas de clases latentes o desencadenadas en el interior de cada nación?

¿Y qué es ese estado de miseria e inseguridad permanentes en que viven las inmensas masas de hombres en todas las latitudes del planeta?

¿Y qué son esas crisis de intercambio entre las poblaciones rurales y urbanas, entre la producción de la tierra y de la fábrica; esas crisis del comercio internacional; y lo que es más horrendo, esas crisis de sobreproducción en un mundo sub-alimentado y sub-equipado?

¿Y qué son todos estos fenómenos, sino contradicciones flagrantes del régimen capitalista, demostraciones palpables y vivas de la descomposición en la cual está muriendo por no haber sabido respetar lo que había de fundamental en el hombre?

6.—¿CUALES SON LAS FUERZAS REVOLUCIONARIAS DENTRO DE LA SOCIEDAD ACTUAL, CAPACES DE LUCHAR POR UN NUEVO ORDEN SOCIAL?

Nosotros creemos que el proletariado —en el amplio concepto en que lo hemos definido— es la fuerza humana llamada a realizar la revolución y a construir la sociedad del futuro.

Sin embargo, esto no debe entenderse como una idea estrecha o simplemente clasista.

Para el pensamiento socialcristiano no es la clase o la raza lo que une en la tarea de procurar la renovación temporal de la humanidad, sino una comunidad ideológica en la cual participen todos aquéllos que se sienten ligados por un mismo pensamiento y una misma vocación histórica.

Pero, como afirma Maritain: *“precisamente porque el hombre es a la vez carne y espíritu, porque toda gran obra histórico-temporal tiene bases materiales biológico-sociológicas en que va envuelta y es exaltada la misma*

animalidad del hombre y todo un capital irracional, es natural que en la transformación de un régimen como el capitalista sea la clase obrera la que proporcione esta base sociológica, y en este sentido puede hablarse de su misión histórica, y puede pensarse que de su comportamiento dependen actualmente, en gran parte los destinos de la humanidad". (4).

En la medida que las masas trabajadoras van adquiriendo responsabilidades y madurez, se advierte en ellas la capacidad para comprender el destino a que están llamadas.

No se trata de simples reivindicaciones materiales que hagan posible una vida más llevadera.

Ese es sólo un aspecto del problema.

Lo esencial está en el descubrimiento de una dignidad proletaria, que reclama para sí la dirección del mundo en la próxima edad de la historia.

El proletariado no quiere ser redimido o mejorado por el Estado o por los que compran su trabajo. No desea regalos ni limosnas. Busca la libertad por su propio esfuerzo y avanza por sus propios medios para conquistar el porvenir.

7.—¿CUAL ES LA MISION HISTORICA DEL PROLETARIADO?

La misión histórica del proletariado no es otra que la destrucción del orden social capitalista y la creación de una sociedad comunitaria.

Estos objetivos empezarán a cumplirse cuando desaparezca la propiedad privada capitalista sobre los medios de producción, y se establezca sobre ellos la propiedad social o colectiva de los hombres que los trabajan. (Más adelante trataremos este punto con mas detenimiento).

(4) "Humanismo Integral". p. 231. Jacques Maritain

Sólo entonces podrá decirse que el capitalismo está liquidado. Cuando el capital y el trabajo no provengan de distintas manos. Cuando sea la comunidad de trabajadores dueña de los capitales.

El socialcristianismo proclama con resolución incansable que el camino para lograr estos objetivos no puede ser el de la violencia, porque la violencia vulnera los principios básicos de la convivencia humana, y acarrea siempre peligrosas reacciones que perjudican y retrasan, a veces por mucho tiempo, las aspiraciones de quienes la emplean.

Los medios que los trabajadores han de utilizar son, por una parte, el fortalecimiento de las organizaciones sindicales y cooperativas, en cantidad y calidad; y la penetración en las masas y dirigentes de éstos principios políticos que les señalan el horizonte de su lucha. Y por otra parte, el aumento progresivo del estudio, preparación y organización de todos los trabajadores; porque todos, unidos fraternal y democráticamente, respetando sus mutuas discrepancias en otros órdenes de cosas, están llamados a realizar esta tarea.

El orden capitalista construido para la desgracia de las muchedumbres, basado y sostenido en el lucro desenfrenado, en la propiedad sin límites para unos cuantos y en la indigencia para la multitud, en el sacrificio de la vida humana al ciego interés del capital; exponente y defensor del peor de los materialismos, el del Señor de las Riquezas, aquél que no puede servirse por los que permanecen fieles al Señor de los Cielos y de la Justicia, no podrá subsistir indefinidamente.

Este orden capitalista caerá bajo el peso implacable de la marcha proletaria, y junto a sus ruinas surgirá una nueva sociedad, donde el trabajador llegue a ser dueño del producto de su esfuerzo, y no el asalariado cuya sólo fun-

ción consiste en aumentar el monto de la riqueza ajena. Donde el campesino posea la tierra a la cual le entrega la energía de su cuerpo y de su corazón, y no sea un paria-miserable que es arrancado de su suelo apenas intenta un grito de justicia.

Donde el hombre no se arriende ni se venda como una mercancía, sino que se asocie libremente al trabajo de todos. Donde la empresa para formarse y mantenerse no tenga necesidad de juntar hombres cuyos intereses se oponen, sino que agrupe sólo trabajadores cuyos intereses son comunes. Donde el progreso técnico, la máquina o la sobreproducción, no signifiquen el peligro de la cesantía o la desocupación para el obrero, sino que sea un descanso en su trabajo y ponga mayores bienes a su alcance.

Por este mundo nuevo lucha el socialcristianismo. Obtener su realización es la misión histórica del proletariado.

8.—¿QUE DOCTRINAS ORIENTAN AL MOVIMIENTO PROLETARIO?

Hay dos grandes doctrinas que, aunque opuestas entre sí, influyen en el ánimo de las masas: El marxismo y el socialcristianismo.

El primero ha dado origen a diversos movimientos siendo los dos más importantes; el comunismo y el socialismo.

El comunismo es internacional y preconiza la dictadura del proletariado como medio para barrer con el capitalismo y luego edificar la sociedad comunista.

El socialismo pretende alcanzar sus objetivos dentro de las normas que establecen la democracia y la libertad.

9.—¿QUE ES EL MARXISMO?

Es la doctrina elaborada por los filósofos y sociólogos

del siglo XIX, Carlos Marx y Federico Engels, que partiendo de una concepción materialista y dialéctica del mundo, del hombre y de la vida social, aprecian el orden capitalista como un proceso histórico necesario, pero cuyas contradicciones internas junto con agotarlo y señalar su ocaso, abren paso a la sociedad sin clases que resultará del triunfo del proletariado en su lucha contra la burguesía.

10.—¿QUE SIGNIFICA CONCEPCION MATERIALISTA Y DIALECTICA DEL MUNDO, DEL HOMBRE Y DE LA VIDA SOCIAL?

Significa que para el marxismo *“la materia, la naturaleza, el ser, lo físico, es lo primario; el espíritu, la conciencia, las sensaciones, lo psíquico es lo secundario”*... *“Que la materia no es un producto del espíritu, y el espíritu mismo no es más que el producto supremo de la materia”*. (Engels). (5).

Significa, en buenas cuentas, que en el principio no era el Verbo sino que la materia, la cual ha ido desarrollándose de un modo dialéctico, es decir por el desenvolvimiento de sus contradicciones internas. El hombre mismo no sería sino un resultado de esta evolución, y sus manifestaciones espirituales una expresión “suprema”, pero dependiente de la única realidad básica o fundamental que es la materia.

El materialismo histórico es la explicación de la historia de acuerdo con estos principios. Marx afirma a este respecto: *“En la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase del desarrollo de sus*

(5) “Materialismo dialéctico y materialismo histórico”. p. 14. J. Stalin.

fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política, y a las que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona a el proceso de la vida social, política y espiritual. No es la conciencia del hombre la que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella". (6).

Y Engels escribe en el prólogo al Manifiesto Comunista. (edición de 1883). "La producción económica y la estructura social que de ella se deriva necesariamente en cada época histórica constituyen la base sobre la cual descansa la historia política e intelectual de esa época.... Por tanto, toda la historia de la sociedad, desde la disolución del régimen de propiedad colectiva sobre el suelo, ha sido una historia de lucha de clase, de luchas entre clases explotadoras y explotadas, dominantes y dominadas en las diferentes fases del desarrollo social.... Ahora, esta lucha ha llegado a una fase en que la clase explotada y oprimida (el proletariado) no puede ya emanciparse de la clase que lo explota y que lo oprime (la burguesía) sin emancipar al mismo tiempo para siempre a la sociedad entera de la explotación, la opresión y la lucha de clase". (7).

(6) "Materialismo dialéctico y materialismo histórico". p. 38. J. Stalin.

(7) "Materialismo dialéctico y materialismo histórico". p. 35. J. Stalin.

Como vemos, para Marx y Engels, son las condiciones materiales las que de un modo necesario e inevitable determinan el transcurso histórico, en un encadenamiento indefinido donde sólo hay una cosa inmutable y absoluta: el movimiento dialéctico de la materia.

11.—¿QUE ES EL MARXISMO-LENINISTA-STALINISTA?

Es una de las interpretaciones políticas del marxismo —pretende ser la única ortodoxa y auténtica— que mayor éxito y acogida ha obtenido en el proletariado mundial, llegando a imponerse en Rusia y algunos países de la Europa Oriental.

Se conoce con el nombre de III internacional y dentro de la vida política de las Naciones sus adeptos forman los partidos comunistas.

Cuando se habla del comunismo se alude siempre a la tercera internacional.

El Leninismo consiste principalmente en la teoría de la revolución proletaria y de la dictadura del proletariado. Lenin, además de profundizar las tesis fundamentales de Marx y Engels es considerado el táctico y el estratega político del marxismo.

Stalin por su parte, ha defendido la idea del socialismo en un solo país. Esto quiere decir que el interés de la Revolución Mundial, en último término, se sirve con mayor eficacia en la medida que se afianza y asegura el régimen socialista de la Unión Soviética.

Por esta razón los comunistas del mundo entero se empeñan de una manera primordial en apoyar la política internacional de la URSS, aún cuando este hecho en determinadas ocasiones pueda perjudicar al proletariado de otras naciones, y aún a sus propios países.

12.—¿CUAL ES LA APRECIACION DEL MARXISMO POR PARTE DEL SOCIALORISTIANISMO?

El socialcristianismo está en absoluta oposición con la filosofía materialista del marxismo, ya que ésta niega la existencia de Dios, Creador de todo cuanto existe, fin último del ser humano, y autor del plan providencial conforme al cual se rige la historia.

La concepción dialéctica de la vida que desconoce la ley natural y todo atributo o valor permanente del hombre o la sociedad, ya que en el eterno movimiento de la materia sólo advierte el proceso o transcurso de las cosas; tampoco se concilia con el pensamiento cristiano, que si bien reconoce la realidad de la evolución y recoge incluso lo que ésta va entregando al progreso humano, afirma ciertas verdades que escapan al flujo incesante del nacer y del perecer, aún cuando éstas deben entenderse de un modo analógico y no unívoco.

La crítica del régimen económico capitalista que ocupa la mayor extensión dentro de las obras de Marx es en general, acertada, y aunque está formulada desde un punto de vista científico, coincide en muchos aspectos con la crítica socialcristiana, que parte más bien de un punto de vista moral.

Lo peculiar del marxismo, es, como muy bien lo ha señalado Berdiaeff, la mezcla profunda de verdad y error que hay en él. Y esto obliga a considerarlo con plena objetividad para tratar de desprender lo que hay de cierto de lo que es intrínsecamente perverso.

En realidad, *“donde se encuentra el error fundamental de Marx y Engels, lo que hace que el marxismo sea “intrínsecamente perverso” como lo ha definido Divinī Redemptoris, es en su posición metafísica que lo conduce a negar la trascendencia del espíritu humano, y por vía de consecuencia su inmortalidad, y no sólo la reali-*

dad sino que aun la posibilidad de que exista un Dios anterior y superior a la materia". (L. J. Lebret. O. P.) (8).

Respecto a las actitudes prácticas de los movimientos marxistas, sea en el plano político nacional o internacional, en el económico o en el sindical, corresponde juzgarlas en cada caso de acuerdo con la realidad del momento, y el contenido de justicia o injusticia, conveniencia o perjuicio que puedan encerrar.

En este punto merece especial atención la táctica de la dictadura del proletariado que preconiza el leninismo y que es inaceptable para el criterio socialcristiano.

Importa precisar éstos conceptos que ordinariamente inducen a equívocos.

De acuerdo con Lenin, la democracia occidental, liberal, capitalista, no es más que la dictadura de una plutocracia reducida, sobre la inmensidad de asalariados cuya libertad consiste, en escoger al grupo de ricos o burgueses que han de gobernar el Estado.

La dictadura proletaria sería entonces, la situación inversa.

O sea, durante la primera fase del comunismo, cuando todavía es necesaria la existencia del aparato estatal —que posteriormente desaparecerá según Engels— el proletariado deberá usar del poder del Estado para aplastar y gobernar a la burguesía, aniquilando en esta forma los últimos vestigios del capitalismo.

Dentro del planteamiento marxista no es extraño, entonces, que se hable de democracia popular cuando se trata de dictadura del proletariado, ya que cuando hablan de la democracia capitalista se refieren a lo que estiman la dictadura de la burguesía.

Sin entrar en el análisis de lo falso y verdadero que pueda encontrarse en esta apreciación, ni de los fracasos

(8) "Revista Política y Espíritu", Nº 33. p. 131. Padre Lebret.

que en la práctica ha sufrido esta táctica, el socialcristianismo no acepta la dictadura de ningún grupo, aunque se pretenda transitoria, porque ella involucra el atropello de derechos esenciales de la persona, y el desprecio por las normas democráticas de relaciones humanas cuyo olvido representa un retroceso que nada justifica.

Es evidente que las fuerzas revolucionarias destinadas a introducir cambios profundos en las estructuras sociales, requieren de firmeza y decisión para cumplir su cometido, especialmente en los momentos decisivos pero sería empequeñecer y pervertir una revolución, pretender imponerla por el furor de la policía o el miedo a las arbitrariedades y crímenes de un poder tiránico.

13. — ¿CUAL ES EL ORIGEN Y FUNDAMENTO DEL SOCIALCRISTIANISMO COMO DOCTRINA DE NUESTRO TIEMPO?

Dos son las fuentes históricas principales de donde emana la tendencia socialcristiana de nuestra época: las enseñanzas sociales de León XIII, Pío XI y Pío XII y el pensamiento y la acción de una pléyade de ilustres católicos entre los que podríamos citar a Ozanam, Lacordaire, De Mun, La Tour du Pin, Gibbons, Manning, Péguy, Chesterton, Cardijn, Sturzo, Berdiaeff, Maritain, P. H. Simon, Tristán de Athayde, el Cardenal Suhard, Lebret, Barbu, etc. Entre éstos, uno de los más destacados ha sido Jacques Maritain que al elaborar su filosofía política a la luz de las enseñanzas tomistas, ha dado sólida base al desarrollo teórico y práctico del movimiento socialcristiano mundial.

Las encíclicas contienen un enérgico repudio al individualismo económico, cuyas consecuencias insostenibles e iníquas para los trabajadores merecen juicios violentamente condenatorios de los Pontífices. Además in-

vitan a los cristianos a que se esfuercen por lograr la redención del proletariado y la justicia social.

Pero la Iglesia no da soluciones concretas para que sean aplicadas en todas partes, sino que respeta la libertad de los laicos para que busquen esas soluciones, teniendo en cuenta la compleja y variable realidad en que viven.

Este asunto del derecho de la Iglesia para dictar normas morales aplicables a la organización de la sociedad, y los límites dentro de los cuales debe mantenerse esta intervención y responsabilidad, ha sido tratada con gran precisión por el Cardenal Suhard, Arzobispo de París, cuando expresa en su Pastoral de Febrero de 1947: *"La Iglesia no se pronuncia en contra de ninguna de las formas concretas y particulares con las que los diversos pueblos o Estados, intentan resolver los gigantescos problemas de la organización interna como de la colaboración internacional, siempre que esas resoluciones respeten la ley divina. (Pío XII, Mensaje de Navidad. 1942). No tiene la misión de resolver directamente los problemas de orden técnico. Deja a quienes les incumbe su legítima autonomía; no se enfeuda a ningún sistema científico, social o político y deja a los cristianos entera libertad en sus opciones y en sus investigaciones. Tienen éstas sus métodos propios y un objeto delimitado. Tal distinción es indispensable para evitar toda confusión de "reinos"*.

"No ha de esperarse, pues, de la Iglesia lo que ella no puede, ni debe realizar; ella lo anima todo pero no le compete dar forma a la civilización. No es ella quien va a fijar de antemano las estructuras del mañana; para ello respeta los derechos y la libre iniciativa del hombre".

Y agrega más adelante, dirigiéndose a los pensadores cristianos: *"Vuestra tarea no es la de seguir, sino la de preceder; no os basta ser discípulos, debéis converti-*

ros en maestros. No basta ya imitar, es menester, inventar". (9).

En cuanto a Maritain, a quien hemos citado anteriormente como uno de los más grandes pensadores socialcristianos de nuestra época, es sabido que toda su obra ha estado animada por el propósito de pensar a la luz de la filosofía de Santo Tomás, los problemas de nuestro tiempo, en todos los campos del conocimiento y de la acción.

Esta tarea la ha efectuado fundándose en el principio de la analogía, básico en la filosofía tomista.

Como es natural, debió acometer esta empresa también en lo relativo a los problemas temporales de la ciudad terrestre.

Su visión histórica de una Nueva Cristiandad señala a los cristianos y a todos los que aceptan sus concepciones humanistas, no sólo un ideal probable dentro de las condiciones previsibles de la sociedad futura, sino que las indicaciones acerca de la conducta capaz de conducir a dichos objetivos, y de los elementos humanos sin cuyo concurso toda tentativa sería infructuosa.

Hay algo de esta sociedad del porvenir, que ya está parcialmente realizado, y lo constituyen ciertos rasgos de la vida democrática.

Maritain, sin embargo, vigoriza y purifica la democracia de los errores e infidelidades propios del liberalismo, basándola en una filosofía de los derechos de la persona humana.

En efecto, la democracia entendida de un modo cristiano, se funda en los derechos de la persona humana, el reconocimiento práctico de su dignidad, y constituye, en último término, la primera exigencia que el amor al prójimo (caridad) hace a la sociedad de nuestros días.

La democracia parte de la base de una ciudad plu-

(9) "Crecer o declinar de la Iglesia". p. 59. Cardenal Suhard.

ralista, como la actual, integrada por grupos diversos, animados por distintas y contrarias ideologías religiosas, políticas, filosóficas, algunas verdaderas y otras falsas. Lo que caracteriza a la democracia es la convivencia tolerante y respetuosa sobre un plano de igualdad, de las diferentes personas y grupos, no siendo posible introducir, a pretexto de los "derechos de la verdad", persecuciones o categorías de subciudadanía para determinadas familias ideológicas, por el sólo hecho de profesar una doctrina errada. Estas libertades, naturalmente, deben estar encuadradas dentro de un estatuto común a todos los grupos y ciudadanos, que señale una moral social y persiga al delincuente.

Junto a los derechos de la verdad, el pensamiento cristiano ha recalcado siempre la caridad para el que está en el error, y esta caridad, que presupone la justicia, lo menos que puede pedir, es el reconocimiento pleno de los derechos que como persona humana posee quien está equivocado.

Este planteamiento democrático de fundamento cristiano, ha tropezado muchas veces con la oposición de católicos que aferrados a la letra estricta de fórmulas pasadas no lo aceptan, y esgrimen en su contra el principio ya enunciado de los derechos de la verdad sobre el error.

Repugna, sin embargo, al simple sentido común suponer que la frase "*El error no puede tener los mismos derechos que la verdad*", usada por el Papa en su condenación al liberalismo doctrinario, que fundándose en el agnosticismo sostenía la igualdad de derechos para todas las ideas (verdaderas o falsas), pueda aplicarse en la vida política de una sociedad pluralista entendiendo por la supremacía de la verdad sobre el error, el poder de la violencia y la represión aplicadas a los que siguen doctrinas no ajustadas del todo a los principios y dogmas del cristianismo.

Por el contrario, es un postulado cristiano funda-

mental que la adhesión a la fe ha de ser voluntaria, como lo establece el Derecho Canónico en el Canon 1351: *“No se obligará a nadie a abrazar la fe católica contra su voluntad”*.

En este sentido, hay que distinguir muy claramente *“entre la tolerancia dogmática que tiene por un bien en sí la libertad del error, y la tolerancia civil que impone al Estado el respeto a las conciencias”* (Maritain) (10). El socialcristianismo si bien no acepta la primera, estima que la segunda es imprescindible para el desarrollo de la sociedad plurarista sobre las bases de la justicia y de la caridad.

El igual reconocimiento y respeto de la dignidad y derechos de todas las personas que forman la comunidad; la tolerancia recíproca de las diversas familias ideológicas dentro de una legislación común que garantice una unidad moral y un desarrollo social pacífico, y la participación e influencia eficaz de todos en la formación de la voluntad social, son caracteres substanciales de una democracia, y elementos básicos de la Nueva Cristiandad, según la concepción de Maritain.

14. — ¿HAY DIVERSAS FORMAS DE ENTENDER EL SOCIALCRISTIANISMO?

Sí. Algunos lo entienden de un modo incompleto y limitado. Son los reformistas o paternalistas.

Se afanan sinceramente por aliviar la situación de la clase trabajadora. Buscan el perfeccionamiento de la legislación social y hacen alarde de ella. Desean la implantación del salario justo y aún la participación en las utilidades. Y ellos mismos tratan en forma humana a sus obreros o inquilinos.

Sin embargo, manifiestan poca confianza en la orga-

(10) “Humanismo Integral”. p. 170. Jacques Maritain.

nización sindical de las masas. Tienen un concepto demasiado material de la justicia social, y la desean imponer desde arriba mediante la acción de los patrones o del Estado. (En este último caso, el Estado Corporativo representa una acentuación peligrosa de este criterio, ya que históricamente ha ido siempre ligado a gobiernos dictatoriales. Y es que para imponer la armonía social —que por lo general ha resultado más gravosa para el factor trabajo— ha debido suprimir la libertad).

La característica de este socialcristianismo consiste en que las reformas que propicia en nada alteran la esencia misma del régimen capitalista, toda vez que, mantiene la propiedad capitalista sobre los medios de producción.

Este tipo de socialcristianismo no representa en último término sino que una reacción burguesa frente a la miseria material y moral del proletariado, reacción que es inspirada por la compasión y por un sentimiento más o menos paternalista de la justicia social. Este socialcristianismo coincide plenamente en la práctica con lo que se ha denominado "lo social", que es también una reacción de las clases burguesas ante la miseria proletaria inspirada por un lado, en un sentimiento de piedad, y por otro en el miedo de que una miseria demasiado grande pudiera motivar revueltas que atentaran contra sus privilegios.

Esta reacción burguesa, en la que han participado no sólo patrones cristianos, sino que también numerosos otros patrones no cristianos, ha ido evolucionando y perfeccionándose: primero se limitó a ser un paternalismo y una asistencia social de tipo particular; después se asoció a ella, a los propios obreros y se establecieron los seguros, primeramente bajo la forma libre de mutualidad, y más tarde bajo la forma obligatoria del seguro social.

Todas estas medidas englobadas bajo el nombre genérico de lo social, mientras más se perfeccionan y com-

plican "no atacan sin embargo la base fundamental de los males sociales actuales; no combaten sus causas profundas, que son ante todo el desorden de las estructuras, la injusticia fundamental del régimen económico, la ruptura de los cuadros normales de vida, el desequilibrio de las personas y de los conjuntos, la mediocridad humana generalizada, el materialismo. Si valen más que la inacción y la indiferencia, no resuelven nada. Si atenúan por un lado la lucha de clases, la prolongan por otro. Son impotentes para abolirla". (L. J. Lebret). (11).

No se puede decir que estas medidas sean un mal. Por el contrario, son una necesidad dentro del desorden actual. Pero pueden llegar a convertirse en un mal, si hacen olvidarse a los cristianos de su tarea fundamental de la hora presente: la transformación total y definitiva del inícuo mundo capitalista en que vivimos en un mundo humano. Y esto no es lo mismo que atenuar sus efectos.

Al lado de este tipo de socialcristianismo que acabamos de considerar, existe lo que podría denominarse el socialcristianismo revolucionario. Este segundo tipo estima que las reformas sociales que hemos mencionado si bien pueden ser un camino, no son, y están muy lejos de ser la meta definitiva. Este socialcristianismo lucha por construir una sociedad sobre bases distintas que la sociedad capitalista; caracterizada por una realización lo más plena posible de la libertad, de la justicia social, y de la propiedad personal para todos, en la que sean respetados real y efectivamente los derechos esenciales de cada uno; y esto lo busca mediante la elevación creciente de las masas trabajadoras en todo orden de cosas y por su propio esfuerzo, puesto que cree que el proletariado es el agente principal en la construcción de la nueva sociedad.

(11) "Guide du Militant". Tomo I. p. 21. Padre Lebret.

15. — ¿CUALES SON LOS CARACTERES PRINCIPALES DE LA REVOLUCION A QUE NOS HEMOS REFERIDO?

Nos proponemos señalar aquí, a grandes rasgos, el objetivo político esencial que pretende realizar el social-cristianismo, y que podríamos designar con el nombre de revolución comunitaria.

Hablamos de revolución (que no significa en su verdadero sentido lucha sangrienta o decapitaciones), porque el mundo necesita hoy día que se efectúen cambios profundos de tipo estructural e institucional, que adapten la organización social y económica actual a las realidades representadas por el crecimiento de la conciencia de libertad, dignidad y personalidad del hombre común de nuestro tiempo, por la ascensión histórica de las masas populares a las responsabilidades del destino de las naciones, y por las enormes transformaciones acarreadas por el progreso técnico alcanzado por la humanidad.

Creemos que el régimen más apropiado a las realidades anteriores, es en este momento en que vivimos, el régimen democrático, entendido no como algo estático, con instituciones y estructuras fijas, sino como un movimiento democrático en continuo perfeccionamiento.

Hoy día la mayoría de los países civilizados del mundo, viven en un estado de democracia política más adelantado en unos, más atrasados en otros; pero en todo caso insuficiente.

Es necesario un esfuerzo constante de desarrollo para integrar a la democracia no sólo los derechos políticos de la persona, sino que también los de los grupos naturales, como la familia, las asociaciones, profesionales, etc., hasta obtener su más plena realización.

Pero la democracia política no lo es sino de nombre y es en el fondo un engaño, si al mismo tiempo no se

desarrolla efectivamente su complemento indispensable: la liberación económica de los trabajadores. Y es en este aspecto fundamental donde se hace necesario poner el acento con insistencia en este momento, pues estamos mucho más lejos de la realización de la democracia económica que de la democracia política, y se puede decir que aún vivimos en un régimen de aristocracia económica, ya sea en favor de una clase de privilegiados de tipo liberal, o bien de una clase de tipo burocrático estatal.

La economía mundial es actualmente una realidad en gran parte inorgánica, y que se encuentra fuera de su lugar natural en la jerarquía de valores. Ante todo, ella no está sometida al hombre y a sus necesidades fundamentales, quedando así al margen de su verdadera misión; y por el contrario, es una fuerza ciega movida por un engranaje incontenible, dentro del actual sistema de valores en que está ubicada, que la transforma en esclavizadora para la mayoría de los hombres, en beneficio de los intereses egoístas de una ínfima minoría que controla el capital. Esclavitud del hombre por el hombre a través del dinero, y esclavitud de los mismos hombres que esclavizan frente a la tiranía del dinero.

Por esto, el problema fundamental de la hora presente es humanizar la economía, ponerla al servicio del hombre para que cumpla efectivamente su misión, someterla a los valores permanentes de la moral, sin los cuales ella no es más que tiranía, lograr que el afán de lucro, sin desconocer su necesidad, no sea su único y principal motor.

Pero no basta con decir esto. Es preciso, si no se quiere engañar, y convertir a las doctrinas en meras palabras huecas sin contenido ni realidad, buscar un camino que considerando objetivamente las condiciones de la actual época histórica, logre traducir en hechos vivientes estos principios.

La moral cristiana recordada por la Iglesia cons-

ntemente, indica las normas generales: subordinación de la economía a la ética; subordinación del capital al hombre; del lucro a la justicia, etc.

Al movimiento socialcristiano como expresión política, le corresponde, en plena libertad dentro de las normas señaladas, proponer las fórmulas concretas que lleva consigo la revolución comunitaria.

En economía se pueden distinguir dos aspectos fundamentales: la producción y el consumo. Ambos cuales afectan de igual modo al hombre pero dentro de un orden jerárquico. Así tenemos que el hombre produce porque necesita consumir, y lógicamente entonces, de aquí tiene que derivarse que la producción debe quedar subordinada al consumo.

Ahora bien, hoy día hay un profundo desequilibrio entre la producción y el consumo. No sólo existe un consumo desordenado frente a una producción organizada, en función de los beneficios del capital, sino que, además, ésta última, desea imponer su propia lógica, y dominar a aquél, lo que se traduce en crisis económicas y guerras entre pueblos y en el interior de los pueblos.

Los adelantos técnicos han hecho que sea la producción en gran escala la característica del mundo de hoy, y por la lógica interna de la máquina esta producción tiende a acrecentarse indefinidamente. De aquí que si no es controlada por el hombre y sus necesidades, este proceso conduzca obligadamente a los transtornos económicos y demás males señalados, todo ello de una manera constante y sin posibilidades de impedirlo.

Frente a estos hechos, y a sus trágicas consecuencias, en todo orden de cosas, las fuerzas trabajadoras buscan una nueva estructura, una nueva ordenación en el campo de la producción y distribución de los bienes, que ha de conseguirse mediante un nuevo régimen de propiedad: la propiedad comunitaria.

Los principios fundamentales del régimen de pro-

propiedad comunitaria son los siguientes: A) Abolición la explotación del hombre por el hombre en el plano de la producción y de la distribución. La propiedad es un derecho natural reconocido a toda persona y bajo el nombre jurídico de dominio a toda comunidad; B) No se admite la propiedad individual de los medios de producción y distribución de carácter comunitario; C) Toda empresa comunitaria o comunidad de trabajadores tiene el deber de renovar y acrecentar su capital o medios de producción por el ahorro realizado mediante dinero extraído del total de la producción comunitaria; D) El ahorro individual es en el régimen comunitario considerado como legítimo, en la medida en que no conduce a la explotación del hombre por el hombre; E) En el régimen comunitario el capital no recibe interés y su utilización excluye el provecho; F) La sociedad comunitaria da al capital un medio de conservar su valor reintegrándose en el circuito económico. Haciendo esto cumple con su misión natural que es la de servir de sostén al trabajo. Y, en contra partida, el trabajo le conserva su valor de cambio.

Queremos aclarar algo respecto de la propiedad comunitaria sobre los medios de producción.

Dadas las condiciones técnicas existentes, es imposible hoy la producción de tipo artesanal. Las grandes máquinas que caracterizan a la industria y a la agricultura moderna no pueden ser poseídas aisladamente. La propiedad sobre las materias primas y medios de producción debe ser, pues, de tipo comunitario.

Esto, sin embargo, no obsta, para que los bienes esenciales a la mantención de la vida y al desarrollo de la personalidad de cada uno de los hombres y de los que de él dependen (familia), sea de tipo individual que es el régimen más adecuado a estos fines. Y entendemos aquí, la casa, la alimentación, los bienes personales, etc., todo

qual, como es lógico, no puede ser uniforme sino que variará de acuerdo con las necesidades de cada cual.

En la propiedad comunitaria sobre los instrumentos de producción, la que se realizará a través de comunidades de trabajo y no del Estado, los derechos de propiedad de cada uno de los que forman parte de una comunidad serán iguales, cualquiera que sea la posición que ocupen en ella. Y esto porque la propiedad estará radicada en la comunidad misma. Las justas diferencias entre los distintos participantes de la comunidad, de acuerdo con las responsabilidades propias de cada uno, se establecerán en el plano de la dirección, y de la participación en las utilidades, pero no del dominio.

Es fundamental destacar que en este sistema las comunidades son los dueños reales, y no el Estado burocrático e inepto que sufrimos en la actualidad.

La propiedad personal e individual, en el régimen comunitario, puede aún extenderse sobre ciertos medios de producción, siempre que éstos no sean de carácter comunitario, es decir, que para ponerlos en movimiento, para hacerlos funcionar normalmente no requieran el esfuerzo conjunto de muchos trabajadores (asalariados), sino que baste el trabajo de su propietario o familia.

El principio básico que debe quedar a salvo y que representa la esencia misma del comunitarismo, es que sean las mismas manos las que ponen el trabajo y el capital. Que el trabajo (conjunto de trabajadores organizados) elemento humano de la economía sea el dueño de los capitales o instrumentos de producción.

Evidentemente en un régimen tal, el capital no tendría interés, ya que pertenecería al trabajo organizado, que sería también dueño de los frutos y en consecuencia de cualquier tipo de interés.

Creemos con el Padre Leuret en la intensidad de la fantástica revolución que vive hoy el mundo, en que todos los conceptos están siendo revisados, y respecto a la pro-

riedad estamos de acuerdo con él cuando dice: *“Los ar mentos dados corrientemente en favor de la propiedad: encuentran privados de valor. Se dice propiedad cuando habría que decir concesión institucional de seguridad. Seguridad en el uso del instrumento y en el ejercicio de la profesión, seguridad de obtención de una cantidad suficiente de productos vitales, seguridad de goce de una habitación decente, seguridad de libertad”*. *“Tales seguridades no podrán obtenerse, en lo sucesivo, sino que en un régimen más o menos comunitario, cuyas modalidades de realización podrán, por otra parte, variar hasta el infinito”*. (11).

Cabe señalar también, por último, algo relativo al consumo que, como hemos visto, se encuentra hoy completamente desorganizado frente a una producción superorganizada. Uno de los principios esenciales del socialcristianismo en el plano económico es el de que la producción debe quedar subordinada al consumo, puesto que el hombre, produce no por producir, sino que para satisfacer sus necesidades. El olvido de este principio fundamental es justamente lo que ha conducido a las más grandes crisis del mundo capitalista.

Así, pues, es preciso buscar un método para que los consumidores ejerzan un control efectivo sobre la producción. Esto es fundamental, a pesar de que los consumidores son en el hecho los mismos productores, porque cuando el hombre actúa como productor, ya sea individual o colectivo, tiende a olvidarse de que es también consumidor, y trata de imponer las leyes absolutas de la producción que conducen a las catástrofes que hemos visto. La manera práctica, a nuestro juicio, de lograr un equilibrio entre la producción y el consumo, es la de tratar de establecer esta tensión en el interior mismo del hombre y de la estructura social. Un camino para ello podría ser el que todos los consumidores se asociaran en una escala

(12) “Revista Política y Espíritu”. Nº 33. p. 127. Padre Lebet.

va desde los pequeños grupos familiares, consumidores de productos nutritivos, hasta los grandes grupos de naciones, consumidoras de materias primas desigual y esencialmente repartidas por el mundo; formando así una especie de pirámide natural que va de abajo hacia arriba. Y que estas sociedades de consumidores, que en la base serán pequeñas e infinitas sociedades de familias agrupadas por barrios o por aldeas, y a medida que la pirámide suba serán sociedades de sociedades de consumidores de materias primas o de instrumentos de producción, cada vez menores en número pero mayores en tamaño; ejerzan todas ellas un cierto control directo, a través de la gestión parcial, de aquellas empresas o industrias de las cuales son consumidoras directas. De esta manera se establecerá de una manera natural, de abajo hacia arriba, un control efectivo del consumo, o sea de las necesidades del hombre, sobre la producción, o sea, de los bienes destinados a satisfacerlas.

Hemos señalado en este último punto los grandes rasgos de las finalidades y objetivos del socialcristianismo, en cuanto a la transformación del actual régimen económico social, que implica consecuentemente un conjunto de cambios en las estructuras políticas cuyo alcance nadie podría hoy precisar.

Sin embargo, no quisiéramos ser mal interpretados.

No creemos que estas aspiraciones puedan cumplirse íntegramente de la noche a la mañana, aún cuando las fuerzas políticas que las preconizan alcanzaran actualmente la plenitud del poder.

Conocemos la realidad económica de Chile, y más que esto, su situación internacional, de la cual no puede desligarse por sí solo.

Hay tareas que la América Latina debe acometer, y que son previas a la realización total de estos principios.

Lo importante es que se conozca el fin, y que m
tras tanto se avance.

A un pueblo se le puede pedir que tenga fe y q
sepa esperar, si se le dice la verdad. Y para decirle l
verdad debemos saber en qué situación estamos, cuáles
son nuestros caminos, y hacia dónde queremos ir. Si no
hay seguridad sobre esto, más vale permanecer en si-
lencio.

Engañando a las masas proletarias, o permitiendo
que otros las engañen, prometiéndoles para mañana lo que
no será posible, emborrachándolas con palabras de men-
tira y demagogia, o sumiéndolas en el juego bajo y pe-
queño de una politiquería sin horizontes, sólo consigui-
remos que pierdan la confianza en sí mismas y en el des-
tino que deben cumplir. Y así la revolución fracasará.

Siempre junto al pueblo, a los trabajadores, hablán-
doles la verdad, urgiéndolos a la preparación, al estudio,
a la vida sindical; exigiéndoles cada día más amor y sa-
crificio por su causa. He ahí el camino del socialcristia-
nismo para construir el mundo del porvenir.

